

DOS CUENTOS DE SAN MAO

Presentamos aquí dos cuentos originales de San Mao: “El vestido púrpura” y “Noche de teatro”, traducidos por la propia autora y Manuel Bayo, publicados en esta revista *Encuentros en Catay* en su primer número de 1987. En aquella época, Manuel Bayo, era profesor de Literatura y Teatro en el Departamento de Español de la Universidad Fujen. Después de venir de España, San Mao conoció a Manuel, y se hicieron muy amigos, gracias a la afición de ambos al teatro, lo que les llevó a verse y a frecuentar amistades relacionadas con el mundo teatral de Taiwán. Estos dos cuentos son una traducción en colaboración entre ellos y podrían ser los dos primeros textos traducidos al español de la propia obra de San Mao.

Revisados los textos podemos afirmar que son dos traducciones de enorme valor literario, pues los autores de las mismas buscaron que funcionaran al ser leídos en español, tanto en el juego de palabras como en el uso de los tiempos verbales, sin que hubiera pérdida de fidelidad con respecto al original. El primer cuento “El vestido púrpura”, es una historia emocionantísima, de gran penetración psicológica que nos aporta una amplia visión panorámica de la vida taiwanesa, en una época indeterminada, a modo de fresco histórico costumbrista que perfectamente hubiera filmado Ang Lee. El segundo cuento “Noche de teatro”, nos traslada a un *escenario* moderno hispánico, en donde todavía está resguardada la tradición *quechua*. Al leerlo nos viene a la memoria el insondable mundo de José María Arguedas, en el desarrollo de una historia que parece diseñada por la cámara y la mente de Federico Fellini.

NOCHE DE TEATRO

Eco Chen (1943-1991)

Traducción: Eco Chen y Manuel Bayo

Aquel mediodía los rayos del sol atravesaban las espesas nubes y agobiaban con su bochorno la plaza.

Todavía estamos en Cuzco, esperando el tren para subir a Machu Picchu: sin verlo no saldré de Perú.

Interminable espera, que ya es un trozo de vida incrustado en el corazón, que ya se cuece lentamente dentro del cuerpo con la incesante lluvia: una opresión lenta, pesada y nueva.

Mi viaje se ha detenido en esta antigua ciudad.

Esta plaza es el centro de todo movimiento. En su limpia amplitud me siento, todos los días en el mismo lugar, sin cansarme de contemplarla.

Aquel día estaba en la escalinata de piedra de la catedral, con la barbilla en la mano y el codo en la rodilla. Miraba, en silencio, el ir y venir de las gentes. Junto a mí, el perro blanco que siempre se me acerca.

En la plaza venden recuerdos: la mayoría de los vendedores son mujeres y niños andinos: se ven pocos hombres.

Aquel hombre apareció como cualquier otro. Con un traje gris, más bien viejo, con un jersey beige de cuello alto, el pelo cortado al

estilo antiguo, patillas rapadas, y, en la mano, una maleta: es un andino de mediana edad.

Tres o cinco grupos de turistas toman el sol en la plaza.

Como aquel hombre no lleva en las manos nada para vender y se dirige a cada turista, me llama la atención.

Veo cómo la gente, sin acabar de escucharle, niega con la cabeza. Y él se marcha, dándoles las gracias. Por eso no dejo de seguir sus pasos con mi mirada.

Los cuzqueños tratan a la gente con tanta amabilidad y humildad que resultan difíciles de describir con palabras.

Al igual que en Ecuador, son hijos de los Andes.

Con este carácter suave, pacífico y obediente, el mapa del Imperio Inca se extendió desde Argentina y el norte de Chile, por Bolivia, Perú y Ecuador, hasta el sur de Colombia.

El imperio Inca utilizó, durante casi cuatrocientos años, un socialismo exigente para controlar a esta raza del Altiplano. A comienzos del siglo XVI, ciento ochenta conquistadores españoles lo invadieron. En comparación con ellos, el Imperio Inca era más ingenuo.

Aquel hombre del maletín recibió negativas una y otra vez sin desanimarse. A pasos lentos iba hasta otro turista.

No parecía pedir limosna. A cada nueva negativa saltaba mi corazón, deseando que, luego de veinte o treinta preguntas, alguien le contestara afirmativamente.

La lluvia, como cada mediodía, se precipitó en gruesos goterones.

La gente de la plaza desapareció de pronto. Sólo quedó el hombre del maletín, a lo lejos, de pie en medio del vacío, con la mirada perdida.

Detrás de mí está la puerta de madera de la catedral: un buen lugar para guarecerse de la lluvia. Cuando empezó, me tapé con un trozo de plástico color naranja. Además, colgué un paraguas en el aldabón de la puerta, de modo que donde me siento aún está seco.

Quizás el color naranja, demasiado llamativo bajo el agua, atrajo a aquella figura hacia mí.

Observé como, a medida que se aproximaban sus pasos, avanzaba una tensión enorme: ¿qué quiere este hombre?

Sin llegar a una distancia que nos permita hablar, aquel rostro marrón, lleno de agua y cansancio, estruja una sonrisa solícita, tantas veces dedicada a tantas personas.

Al ver su gesto, nace en mi alma una gran compasión.

–Buenos días. –Sin secarse el agua, dobla su cintura ante mí.

–Siéntese, aquí está todavía seco. –Me desplazo y le señalo los escalones.

Él no se atreve. Me mira como asustado. El perro blanco comienza a ladrarle.

Como soy su última esperanza en la plaza, pienso satisfacer su deseo, cualquiera que sea.

–¿Se puede saber si a usted le gusta la danza y la música?

Asiento, apartando el paraguas.

–Nosotros somos un grupo de danza típica nacional. ¿Quiere usted ver un maravilloso espectáculo? –dice estas palabras con timidez y aspereza.

–¿Usted baila también? –le pregunto.

–Toco la quena. –Se muestra contento, al contestarme con rapidez.

Le sonrío y digo:

–Un músico –pensando en este pobre hombre bajo la lluvia, no quiero entretenerle.

–¿Cuánto vale una entrada? –le pregunto directamente.

–No mucho... Sólo tres dólares. Dos horas de función. Además, puede sacar fotos.

Se puso nervioso al hablar del precio. «¿Será caro o no para mí?»

–Deme tres.

–Me levanto para sacar el dinero del bolsillo. Al calcular la moneda peruana, me faltan mil soles.

No quiero sacar delante de él todo el dinero que llevo escondido en otro bolsillo, y le digo:

–No tengo más en este momento.

–Entonces, usted puede pagarme esta noche –y me devuelve el dinero que le he dado.

–Le pago esto, y por la noche le doy el dinero que falta, ¿vale?

Miro a este artista, sin idea de negocios, que se fía demasiado de la gente, que con tanta dificultad ha vendido sólo tres entradas y ni siquiera es capaz de cobrarlas.

–Nuestro sitio es un poco difícil de encontrar. Le dibujaré un plano.

Abre su maletín, saca un trozo de papel y, en cuclillas bajo la lluvia, empieza a dibujar.

–Si está la dirección en la entrada, ya la encontraré. Está usted empapado, váyase ya. Muchas gracias.

Nos damos mutuamente las gracias. Cuando se aleja, grito:

–¡No se olvide de que le debo dinero!

Vuelvo al hotel para buscar a Miguel y a Eduardo. No les encuentro y voy al salón para ver las noticias en la televisión.

Concentrada en las imágenes, alguien toca mi cabeza con el mango de un paraguas:

–Mejor te haces peruana... Escuchando a nuestro ministro como una tonta de capirote.

Miro a Eduardo y le sonrío mientras sacudo las tres entradas.

–Esta noche te invito a ver tu danza nacional.

–¿Me invitas a mí, a un peruano de toda la vida? ¿Crees que voy a ver ese *engañaturistas*? Además, ¿a quién se le ocurre caminar con la lluvia y el frío de esta noche?

–La entrada sólo cuesta tres dólares.

En el viaje no pude hacer mucho con tres dólares. Y en Cuzco hay muchos sitios para gastar dinero.

–Si no arreglan la vía del tren, podemos asfixiarnos aquí. Hasta las atracciones para turistas iremos a ver... ¡ay! –dice Eduardo–. Sin ir a Machu Picchu no me voy de aquí.

–La entrada está comprada, ¿vienes o no? –le pregunto.

–¿Es una cita conmigo? –sonríe.

–Loco.

–Bueno, hasta la noche. Ponte guapa –y se marchó.

He dicho en el hotel que me llamen a las seis de la tarde, también a Miguel, he puesto el despertador... pero no puedo dormir una siesta.

–¿Por qué estás tan nerviosa? Aunque llegemos un poco tarde sólo perderemos un baile –dice Miguel.

–Quiero ir cuanto antes para pagar el dinero que falta. Si ya ha empezado, en un teatro lleno, no encontraré a aquel hombre, y no podré dormir en toda la noche.

–No se escapará. Estás tonta por el soroche.

–Él toca la quena y se olvidará de mi deuda –insisto.

Así, peleando con Miguel, se hace la hora. Y mi dolor de cabeza no quiere mejorar.

El viento y la lluvia arrecian. Baja la temperatura nocturna del Altiplano. Eduardo ha dicho que quiere ver el partido de fútbol en la televisión y no hay manera de hacerle cruzar la puerta del hotel.

–Vienes conmigo. Tu trabajo es sacar fotos –fuerzo a Miguel, pues temo que tampoco quiera venir.

En la zona del mercado roban incluso durante el día. Por la noche no es aconsejable ir sola. El local del espectáculo está por allí cerca.

Ofrezco la entrada sobrante en la calle y nadie la acepta, como si fuera una ofensa.

Sin cenar, contra la lluvia, tiritando de frío, con barro hasta los tobillos, Miguel y yo caminamos hasta empapárenos los pantalones.

La verdad es que no me interesan estas atracciones turísticas. Pero tengo que ir para pagar mi deuda.

Al llegar a la dirección escrita en las localidades, no se oye nada en el interior. Empujo una puerta de hierro y aparece un largo pasillo con muchas ventanas por las que se asoman cabezas a mirarnos.

–¿A ver la danza? Sigán, sigán –vocea alguien.

Al pasar ante las ventanas, las gentes dejan de cocinar para contemplar, con ojos redondos, cómo avanzamos.

¿Es tan extraño que acudan espectadores? ¿Vale la pena mirarlos con tanta atención? Actuarán todas las noches...

Zigzagueamos hasta una puerta de cristal opaco, que empujo suavemente: un teatro bastante bueno se esconde al final de este negro y helado pasillo. Nadie enciende la luz. Casi doscientas butacas, completamente nuevas, reflejan un frío gris azulado en la oscuridad.

Miro el reloj de Miguel: son las seis y media, justo la hora que indican las localidades, pero la sala está vacía. No sabemos qué hacer: ni entrar ni salir.

En pie, otra vez en el pasillo, vemos avanzar precipitado al hombre del mediodía. Nos ve y pide perdón, mientras corre a encender todas las luces del teatro.

–El resto del público todavía está cenando. Por favor, esperen ustedes quince minutitos. O váyanse ustedes ahí enfrente, a tomar una taza de café.

Su gesto es tan fatigado, tan mojado su viejo traje, que su pretendida amabilidad y alegría al hablar no esconde la enorme tristeza que siente.

–Le doy los mil soles que le debo –digo yo.

–Ah, gracias, no hay prisa. –Dobla otra vez la cintura y alarga las dos manos para recoger el billete. Tres personas en pie, azoradas, sin saber qué más decir.

–La verdad es que hemos vendido todas las entradas a un grupo de turistas. Están cenando. Llegarán en seguida.

–Vamos a tomar un café. No hay prisa –y tiro de la manga de Miguel.

Antes de salir, le pido a aquel hombre:

–Por favor, guárdenos dos asientos en la tercera fila, al lado del pasillo. No deje que nadie los ocupe.

–Seguro que serán para ustedes. No se preocupen –dice casi al borde del llanto.

Camino rápida hacia la salida. No hay ningún sitio para tomar café. Sólo un ruidoso negocio de máquinas tragaperras.

Estamos en la calle. De nuevo veo al hombre del maletín, que lucha para vender entradas a la gente que se refugia bajo los soportales de la fuerte lluvia.

–¿Crees que nos engaña? ¿Qué no hay tal grupo? –pregunto a Miguel, mientras nos dirigimos a la plaza.

–No creo... Hay tantos turistas aquí...

Al llegar a la plaza, muchos extranjeros compran en los puestos de las arcadas, indiferentes a la lluvia, con gran animación.

Aquel hombre sigue ofreciendo sus entradas. Casi tropezamos con él. Me escondo tras una columna, sin valor para encontrármelo.

Son las siete y media. Tenemos que regresar al local del espectáculo.

Las luces del teatro están encendidas. Tras las cortinas, alguien nos observa en silencio: asoman una trenza y un par de ojos oscuros, brillantes como el reflejo del agua en un lago.

Me siento en la primera fila, con Miguel a mi lado.

En este salón, el profundo vacío, el absoluto silencio, se transforman en impalpables pesos sobre mis hombros.

Otros casi doscientos asientos permanecen desocupados.

El hombre del maletín ha regresado con prisas y la cabeza baja, con una mano enjuga la lluvia de su rostro. Como si huyera, desaparece por la pequeña puerta del escenario.

—Ay, por favor, no te esfuerces más: devuelve el importe de las entradas —musito apretándome las sienes. Entonces, con lentitud, se abrieron las cortinas.

El piso del escenario es de madera: un auténtico escenario en esta antigua ciudad resulta sorprendente.

Cuatro músicos, con sus diferentes instrumentos, ocupan un rincón del escenario. El vendedor de entradas forma parte del cuarteto, que viste la típica indumentaria de los indios: poncho, pantalón blanco y sandalias.

Sólo el hombre que acaba de regresar apresurado no ha cambiado su pantalón gris.

Entonces un joven llegó al centro del escenario y, tras saludar al público, presentó, con ademanes profesionales, a los músicos. Miguel y yo aplaudimos con todas nuestras fuerzas. Los cuatro músicos nos dedicaron una reverencia.

Al resonar aquel aplauso, el salón quedó más frío, desierto y triste.

El primer número no fue de baile. La música sonó como en una fiesta alegre: frente al vacío abierto ante el escenario parecía tocada con tristeza del corazón.

Escuché especialmente la quena, su sonido, tan redondo y profundo, ejecutado con sinceridad.

No me atrevía a mirar hacia atrás a menudo, por temor de que lo advirtiesen quienes actuaban en escena sin renunciar a su compromiso por tan sólo nueve dólares de ganancia.

Por eso les entrego mis aplausos: mientras tenga palmas para aplaudir, aunque hubiera venido sola esta noche, daré calor a este salón.

Ha terminado una melodía. Chillo con fervor:

–¡Muy bien! ¡Bravo!

Los músicos se quedan desconcertados. Después, aliviados, sonríen.

Nuestro continuado aplauso no deja hablar al presentador, que aguarda, con una sonrisa tímida, hasta que nos detenemos.

Aunque se ha roto la tensión nerviosa entre el escenario y nosotros, no me abandona mi profundo reproche: si no hubiera comprado esas entradas, habrían podido suspender el espectáculo.

¿Qué situación resulta más embarazosa para los artistas: no actuar o cantar y bailar ante dos espectadores de una noche que no puede ser alegre?

Se descorren las cortinas: seis parejas andinas cantan en quechua: en sus caras se agitan suaves sonrisas, sus miradas huidizas me observan de reojo: también soy una mujer con trenzas y poncho. Empiezan a bailar.

Veo en el reloj de Miguel que ya son las ocho: ¿entrará más gente? Todavía llegarían a tiempo: quedan dos horas.

Contando bailarines, músicos y presentador son diecisiete personas.

¿Con nueve dólares qué pueden comer?

Con este cálculo ya no me puedo divertir: ante los pantalones y zapatos mojados del hombre de la quena me siento abatida.

Un espectáculo tan maravilloso y bien conjuntado... como que no me lo esperaba. Tras un baile de grupo, los bailarines entran para cambiarse.

Aquella quena ejecutó un solo. Las mantenidas notas del instrumento suavizaban el fragor del baile anterior: como si hablase y llorara, al surgir de la música, el alma de un indio vencido.

Son orgullosos, no son mendigos: además de dinero, estos artistas desean una acogida sincera: ¿qué espero para lanzarles los gritos de mi corazón?

–¿Todavía te duele la cabeza? –me pregunta Miguel.

–Sí –y sigo gritando–, ¡bravo, bravo!

Estos bailarines y músicos no se han reunido por casualidad. Sus movimientos denotan una honda fibra artística. Aunque actúen para turistas, no ocultan la autenticidad de su arte.

Son las nueve. En el patio de butacas tiritamos de frío. Pero el vacío del comienzo, a causa de nuestro apoyo, ha desaparecido.

Ellos han cobrado ánimos, no sienten que actúan ante dos únicos espectadores. Tampoco yo soy consciente de los asientos desocupados a mis espaldas.

Bailarines y músicos se emborrachan con su ritmo. La tristeza de nueve dólares se desvanece por unos instantes.

–Miguel, saca unas fotos.

Este tipo de danza no es fotogénica, pero quiero que los disparos de flash creen otro ambiente.

Miguel se levanta para hacer las fotografías: el grupo del escenario sólo me tiene a mí. Aquella fría pena que habíamos logrado desechar con tanta dificultad, sólo porque una persona ha abandonado su asiento, vuelve a dominarme lentamente.

De pronto, no soy la única: ¿desde cuándo está sentada detrás de mí una señora que hace punto?

–¿Casi terminado llega usted? –le pregunto en voz baja.

–No... Vivo aquí al lado. Vengo para pasar el rato.

–¿A quién pertenece este teatro tan bueno?

–Al que toca la quena. Vendió sus tierras porque toda la vida deseaba tocar en público. A sabiendas de que nadie quiere escuchar sus solos, ha formado un grupo de baile. Su mujer y sus niños se mueren de hambre, y él todavía insiste... Un loco.

–Necesitaría poner grandes carteles en los hoteles, y que estos cobren comisión en las entradas. Si no lo hace así, que vaya todo el grupo a la plaza por las mañanas, cuando llueve, para hacer propaganda. Así son los negocios. Con el nivel tan alto que tienen, seguro que hay éxito –digo yo.

–Ay, un artista ¿qué sabe de negocios? Además, esto se acaba en pocos días, no durará mucho.

Se levantó al terminar estas frases. Indiferente a la música, entre hondos suspiros y aspavientos de cabeza, abandonó con parsimonia el local.

El músico que nos engañó y se engañó a sí mismo pensando haber vendido todas las localidades, tiene que estar, en realidad algo desequilibrado.

La última danza es la del rapto de la novia. Un joven se lleva sobre el hombro a una muchacha. Todos ríen como locos, como niños jugando.

Se cierran las cortinas. Suspiro aliviada. Esta larga noche ha terminado, por fin. Y en este teatro todos nosotros hemos pagado algo.

Los bailarines, sonrientes, bajan hasta mí para arrastrarme al escenario. La música suena de nuevo. Empujo a Miguel y a ellos. Las chicas me gritan:

¡Queremos que vengas! ¡Queremos que vengas!

Subo al escenario. Chicos y chicas forman un corro y me dejan en el centro. Inician una canción de despedida.

Ahora, de repente, me enfrento a los doscientos asientos vacíos como una pesadilla sin color ni sonido. Comprendo perfectamente el valor y la tenacidad que han pagado por estas dos horas de actuación.

No quiero estar en el centro del corro. Separo dos manos y me uno a su baile, como si fuera otra andina.

Me estrechan la mano y me sonríen. Bajo de la escena y me envuelvo en el poncho para salir.

El hombre de la quena me mira en silencio desde un rincón, me mira hasta congelarme con su mirar, y se va detrás del escenario.

El presentador, cambiado de ropa, sale otra vez:

–Damas y caballeros: el programa de hoy ya ha terminado, pero nuestro director dice que quiere ofrecer un solo de quena a una dama que se ha encontrado en la plaza, este mediodía, bajo la lluvia. La música la ha compuesto nuestro director: todavía no tiene título.

Mi corazón empieza a latir con fuerza: aquel hombre quiere tocar sólo para mí.

La luz se oscurece. Los bailarines salen, uno a uno, silenciosamente: incluso ellos, nos abandonan.

Aquel hombre de cuerpo bajo y ancho camina, despacio y con gesto sereno, hasta el centro de la escena; en su mano, la quena que ha tocado miles de veces, y que sus dedos, toscos y gruesos, acarician una vez más.

Un único foco le ilumina. Sus brazos ascienden con suavidad. El intérprete cierra los ojos, se transforma en quena, en música, en mundo recién nacido, de los que surge, como un río caudaloso, una misteriosa alma musical.

La danza típica y el concierto anterior se desvanecen. Todo el salón se hincha de vida con esta milagrosa quena.

Una sencilla quena ofrece todo el amor y el genio de una persona, que en toda su vida encontró a nadie que la comprendiese, de una persona que entrega todo su ser a una extranjera que encontró en la plaza.

Tocando y tocando, este cuerpo andino emana un resplandor. En este momento, ahí de pie, es un auténtico emperador.

Fija mi mirada en esta gran alma, no puedo parpadear hasta que me quede grabada para la eternidad.

Eterna ave fénix, ¿cómo te escondes aquí?

No sé cuándo ha cesado la música. El salón, cubierto por ella, no se despierta.

No hay aplausos. No puedo aplaudir. Por un encuentro bajo la lluvia, un hombre me ha dado una vida total. No tengo con qué corresponderle.

La persona del escenario ha desaparecido. No puedo moverme.

La luz está apagada. No puedo marcharme.

La puerta junto al escenario se abre con suavidad.

El traje viejo, el maletín aparecen en silencio.

No nos saludamos. Se ha marchado. Los pasos, huecos como agujeros, por el largo pasillo, cada vez más lejanos, cada vez más suaves.